

*Este libro está dedicado  
a cualquier chico que esté o haya estado relacionado alguna vez con el mundo  
de la prostitución.*

Título original: Enchanted Youth  
The Gay Men`s s Press

©Richie McMullen, 1990  
©EGALES. Editorial Gay-Lesbiana, s.c.p. 1999  
c/ Cervantes, 3 - 08002 Barcelona  
c/ Gravina, 11 - 28004 Madrid

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 84-95346-04-4  
Depósito Legal: B - 44684 -1999  
©Traducción: Ana Alcaina  
©Fotografía portada: Jay Eff  
Diseño gráfico de cubierta e interiores:  
Miguel Arrabal y José Fernández  
Imprime. EDIM, S.C.C.L.  
c/ Badajoz, 145 -08018 Barcelona

## Huyendo

Cuando subí al tren en la estación de Lime Street de Liverpool aquella fría mañana de noviembre del año 1958, tenía tres puntos a mi favor: mi cuerpo, mi mente y la ropa que llevaba puesta. Mi cuerpo tenía quince años y estaba ansioso por emprender el camino hacia lo desconocido, ávido de toda clase de aventuras sexuales y de dinero.

Mis carnes palpitaban una energía que a mi cerebro le resultaba difícil de asimilar: era un muchacho fuera de control y mi mente pertenecía a un niño y a un viejo, todo al mismo tiempo. Más que cualquier otra cosa en el mundo, mi cuerpo quería amor y mi mente exigía respuestas a las preguntas que me atormentaban y que, invariablemente, siempre empezaban con un «por qué».

Llevé mis tres frágiles bazas a un compartimento vacío, con el mismo puntilloso cuidado con que los demás pasajeros transportaban su equipaje, y las deposité con orgullo en un asiento de cara a la locomotora. No llevaba ninguna bolsa ni dinero, tan sólo una cabeza llena de sueños de lo que podía llegar a ser mi porvenir. No podía haberme sentido más feliz. No llevaba nada en los bolsillos salvo mi billete de ida, como tampoco me había llevado nada de la casa que con tanta satisfacción acababa de abandonar. Por mí, hasta me habría ido desnudo, como san Francisco de Asís.

De todos los santos cuyas hagiografías habíamos tenido que estudiar en la escuela, san Francisco era mi favorito; es decir, era un tipo con el que cualquier chico de los arrabales podía identificarse, un tipo que le robó a su padre rico toda la ropa de su tienda para poder pagar los materiales para reconstruir una iglesia. Un bonachón que hizo lo que creía que debía hacer. Luego, cuando su padre se dio cuenta y llamó a las autoridades, el bueno de Francisquito se quitó la ropa, se la dio a su padre y salió en pelota picada a buscarse la vida en un viaje hacia lo desconocido. A eso lo llamo yo un tío con cojones, ¿verdad?

Pero yo iba más preparado que san Francisquito, ¿no es así? Quiero decir que tenía un billete de tren para Londres y un conjunto de ropa más o menos decente. Ahora bien, la verdad es que no me proponía construir ninguna iglesia, ni muchísimo menos.

Liverpool -y, por lo que yo sabía, casi todas las demás ciudades- estaba abarrotada de iglesias, todas ellas llenas a rebosar y pidiendo dinero a los pobres hijos de puta que estaban enganchados a los mensajes adictivos con que los sermoneaban todos los domingos: «*Dad limosna ahora y seréis recompensados en el Cielo*». Si Dios, de cuya existencia estaba empezando a dudar muy seriamente, quería reconstruir su iglesia, lo cierto es que estaba haciendo llegar su mensaje a los fieles de una forma muy, pero que muy extraña. Los que mejor comían, los que mejor vestían y los que tenían una casa más grande y hermosa en la sociedad de posguerra de Liverpool eran los curas.

Mi joven cerebro no veía la justicia por ninguna parte. La iglesia había sido construida y reconstruida tantas veces que los años venideros iban a ver muchas de ellas reconvertidas en bingos y talleres. ¡Ya había bastantes iglesias!

Yo tenía que construirme una vida y los únicos medios a mi alcance para hacerlo eran mi mente y mi cuerpo. Apoyé los pies en el asiento de enfrente y maldije mi mente por permitir que una vez más una plegaria a san Francisco de Asís viniese a invadir mi consciencia. ¿Por qué seguía recitando aquellas absurdas oraciones? Tal vez fuese porque era un chico inglés de primera generación que se creía completamente irlandés. O puede que porque había habido veces, cuando tenía doce años o así, en las que había querido complacer a mi madre -natural de Wexford, en el sureste de Irlanda- convirtiéndome en el sacerdote que ella siempre había querido que fuese. O quizás porque me carcomía la culpa por haber practicado el sexo con Pip en el colegio, con varios hombres en los lavabos públicos, en los cines, en la parte de atrás de un coche, detrás de unos arbustos y en cualquier otra maldita parte.

Tenia que estar atento a las señales ¿sabéis?, cuando las plegarias me empiezan a llenar la cabeza y a cambiar mis ideas, tengo que pensar en algo distinto. Era una técnica que ya había desarrollado para deshacerme de esas erecciones que siempre te vienen en los momentos menos oportunos. En esos momentos, solía ponerme a pensar en los reconocimientos médicos de la doctora del colegio, una mujer vieja y gorda. Siempre daba resultado, bueno... casi siempre.

¿Por qué los chicos siempre tenemos una erección justo cuando tenemos que bajarnos del autobús, o cuando el profesor nos ordena que nos pongamos de pie, o cuando queremos echar una meadita? ¿Y cómo es que la erección siempre parece saber dónde está exactamente la abertura de los calzoncillos? Abriéndose espacio, asomando y empujando por el paquete de los pantalones.

Mis pensamientos se vieron interrumpidos cuando el revisor abrió la puerta del vagón, se deslizó en el compartimento como una serpiente y me dijo, con voz cansina y sibilante -propia del hombre adulto que ya está de vuelta de todo-, que quitase los pies del asiento, que le enseñase mi billete y que mostrase un poco de respeto por las cosas ajenas.

¿Cómo es que a un chico en tales circunstancias se le ocurre tener una erección y no puede encontrar su billete? Con una mano tratando desesperadamente de ocultar el bulto que estaba seguro había visto aquel hombre y la otra registrando los bolsillos, por lo demás vacíos, en busca del billete perdido.,. no podía encontrarlo! El tren todavía estaba parado en la estación y el revisor empezó a balancearse, con su ritmo de áspid, trasladando el peso del cuerpo de un pie al otro con creciente impaciencia. Estaba listo para enseñarme sus dientes y clavármelos para envenenarme, y a pesar de ello yo seguía sin encontrar el billete que me había costado todo el dinero que tenía.

-¿Tienes de verdad el billete o no? O lo tienes, o no lo tienes, dímelo-silbó.

¿Cómo es que todos los adultos que llevan uniforme parece que hablan igual?

-Por supuesto que tengo el billete, ¿por quién me toma? - Entonces, ¿te importaría enseñármelo, por favor?

¿Por qué aquel por favor había sonado como un «Ya sé que no llevas el billete encima y te voy a echar de mi tren a patadas, maldito cabroncete sabihondo»?

No tenía otro remedio: la erección no desaparecía y tenía que levantarme para buscar en los bolsillos traseros de mi pantalón. Adelante, anda, siéntete orgulloso. Si tienes ese paquetorro, ¿por qué no ibas a enseñarlo? Me puse de pie y encaré al revisor, con la erección ahí delante, para que todo el mundo la viera. El hombre me miró a la cara, miró mi erección, de nuevo a mi cara y luego apartó la vista abochornado. ¡Por fin! ¡Estaba avergonzado! Le había dado la vuelta a la tortilla. Disfruté viendo a la serpiente convertirse en un gusano tratando de encontrar una vía de escape. Ya no enseñaba los dientes.

El billete estaba metido en la solapa de mi bolsillo trasero, de modo que lo saqué con tanta parsimonia como me fue posible, lo miré titubeando un poco y se lo enseñé al gusano transformado. Lo agarró de un manotazo, ansioso por escabullirse bajo la piedra más cercana mientras yo exhibía una sonrisa triunfante. Salió del compartimento mascullando algo sobre «los chicos de hoy en día». Me desplomé sobre el lujoso asiento mientras la puerta se cerraba y volví a colocar los pies sobre el asiento de delante, admiré mi bulto y celebré mi victoria con una risa sonora y prolongada.

No tardaría en estar lejos de aquella ciudad mugrienta para siempre. Adiós a los golpes con el cinturón de cuero de mi padre, adiós a la violencia. Ahora odio la violencia. Adiós a tener que romper los bastones del colegio para proteger a los críos pequeños de los maestros sádicos. Adiós a tener que follar con profesores pervertidos en los cuartos trasteros mientras mis compañeros juegan al fútbol. Adiós a tener que hacer enfadar a las mujeres en la calle para así distraerlas y conseguir que dejen de pegar una paliza a los hijos que tan despreocupadamente han traído a este mundo. Adiós a la cháchara de borrachos católicos y protestantes sobre la política en Irlanda. Adiós al esnobismo de la «clase trabajadora» Adiós a tener que vender mi cuerpo por un puñado de cacahuetes. ¡Adiós! ¡Adiós!

A pesar de mis denodados esfuerzos por aferrarme a mi risa con uñas y dientes, ésta se convirtió en llanto, en lágrimas que enjuagué con las mangas de mi chaqueta a la misma velocidad a la que iban cayendo. «¡Todo eso se ha acabado! -me dije-. ¡Olvídalo! Los chicos de alquiler no lloran»

El vagón dio una sacudida en el momento en que los maquinistas lo engancharon a la locomotora. Muy pronto estaríamos en marcha. Cada vez quedaba menos... Bajé la ventanilla hasta el tope, asomé la cabeza y recorrí con la mirada la curva del ajetreado andén hasta llegar a la majestuosa máquina, que vibraba y despedía chorros de vapor blanco y caliente. *Shssh...* Intenté no mirar a la gente que había en el andén y que ahora empezaba a decir adiós a sus seres queridos con efusivos ademanes mientras la locomotora empezaba a ponerse en marcha. *Shssh, shssh, shssh...* La larga hilera de vagones que formaban el tren estaba llena de viajeros asomados a las ventanillas despidiéndose con la mano. Una sucesión de rostros sonrientes empezaron a desfilar por mi lado mientras el tren avanzaba hacia delante.

Las caras siguieron moviéndose y pasando por mi ventanilla cada vez con mayor velocidad hasta que mis ojos se detuvieron en el cálido rostro de una mujer lo bastante mayor para ser mi madre.

Ante una cara como aquélla, no pude hacer otra cosa que devolverle la sonrisa. Era como si estuviese allí con la única misión de sonreír y despedirse de todos aquellos de nosotros que no teníamos seres queridos. Levanté ambos brazos bien arriba para despedirme de la mujer y la ciudad que odiaba y amaba a un tiempo. La locomotora, adquiriendo velocidad, empezó a emitir su rugido de autoridad atlética y enérgica. *No más mierda, se acabó, no más mierda, se acabó. No llores, ¿por qué ibas a hacerlo? No llores, oh, no yo, oh, no yo. Los chicos de alquiler no lloran.*

El humo y el vapor me envolvieron cuando entramos en el túnel que había al final del andén y me hicieron recobrar el sentido. Era la última persona que quedaba asomada a la ventanilla. Borré Liverpool de mi cara para siempre y me desplomé con infinito cansancio sobre mi asiento. Marcharme de Liverpool era fácil, pues no había nada que me retuviese allí. Cuando un chico abandona los brazos de un amante cariñoso y por el que siente verdadero afecto, sabe instintivamente que el amante desea que vuelva a la calidez de las sábanas de nuevo. Liverpool el vampiro, en cambio, me había utilizado y chupado la sangre y se había cansado de mí: necesitaba sangre fresca. Liverpool era un amante con el corazón de piedra y quería la gratificación instantánea e inmediata de su propia lujuria, la que él mismo había generado. Deseaba con vehemencia las imágenes y fantasías de su propia invención y, por lo tanto, nunca podía quedarse satisfecho. Su apetito de chicos de rostro joven era -y probablemente lo sigue siendo- insaciable. Como amante, era un ninfómano perverso y sádico, usaba y abusaba de los chicos; siempre insatisfecho, iba de un chico de carne joven y fresca a otro en busca de lo que el primero le había proporcionado en realidad: su inocencia. ¿Por qué iba a contentarse con un solo chico cuando tenía un suministro inagotable? ¿Por qué? ¿Por qué yo, con apenas quince años, me sentía tan sumamente viejo?

Dejar a mis padres había sido casi igual de fácil. Me sentía atado a ellos, con una mezcla de asfixia, pañales y cadenas. El único contacto físico que mi padre había tenido conmigo era a través de su rabioso cinturón de albañil. ¿Por qué creía que podía insuflarme amor o buen juicio a base de golpes? ¿Por qué nunca me tomó entre sus brazos, ni tan siquiera una vez, y me dijo que me quería o que quería que estuviese a su lado? ¿Tan malo era yo? Y si era tan malo, ¿por qué todos aquellos hombres me acariciaban con sus manos el pelo rubio, mi piel suave, mis piernas lampiñas y mi culo redondo y me decían que era tan guapo? ¿Por qué me derretía entre sus brazos cuando me decían todas esas cosas? ¿Por qué deseaba con todas mis fuerzas complacerlos a todos? ¿De verdad había una explicación tan sencilla como decir que odiaba a mi padre y sin embargo, anhelaba ganarme su amor y encontraba ese amor en aquellos hombres? ¿Hombres homosexuales?

¿Acaso complaciendo a aquellos hombres estaba en realidad tratando de complacer a mi padre? Debo decir que también quería, en algunos momentos, matarlo. De hecho, sólo fue la falta de valor y un rechazo interno hacia la violencia lo que me impidió hacerlo. En esa zona privada de mi cerebro, donde un chico puede hacer de sí mismo un rey o un vaquero del Oeste, planeé el asesinato infinidad de veces, pero nunca pude llevarlo a cabo ni encontrar el momento oportuno.

También era consciente de que el hecho de matarlo liberaría a mi atormentada madre de su agresión dominante y de que, al mismo tiempo, eso haría que ella me odiase para siempre. Creo que la quería, pero era la clase de amor que tiene que negar todo dolor previo para poder materializarse. Ella, mi padre y mis dos hermanos mayores, mi hermana pequeña y yo, éramos verdaderos maestros en el arte del fingimiento. Era una especie de mecanismo innato e ilusorio que nos permitía autoengañarnos hasta el punto de creernos cualquier cosa. Recuerdo, por ejemplo, un día en que mi madre me estaba moliendo a golpes cuando apenas era un crío y de repente, puede que por mis gritos o porque ella misma se hubiese dado cuenta de lo que estaba haciendo, dejó de golpearme y me dijo que no pasaba nada, que era un buen chico. Creía, quería creer, todo lo que ella decía. Era muy extraño, pero sabía, pese a todo, que me quería de veras. Con mi padre, en cambio, nunca lo supe. Se encerraba en su propio mundo y no dejaba entrar a nadie. Debía de ser un mundo infernal, o puede que fuese un paraíso. Nunca lo sabré, y todavía me muero de ganas de saber qué fue lo que convirtió a mi padre en aquel hombre colérico y borracho al que veía pudrirse en su propio estiércol.

El viento gélido que soplabá por la ventanilla abierta caldeó mi complejo de culpa católico. «Dios te salve María, llena eres *de* gracia, el Señor es *contigo*. Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús». ¡Maldita sea! ¡Otra vez esas oraciones infernales en mi cabeza! Cerré la ventana y observé cómo el frío viento, mezclado con el humo y el vapor, lamía los cristales con gesto seductor y trataba de alcanzarme. Lanzaba su mensaje a lengüetadas: «Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén». Pero estoy a salvo, no puede atraparme. Me pongo de pie y compruebo otra vez que la ventanilla está totalmente cerrada. Sí, lo está. No tengo nada que temer. Regreso a mi asiento y me desplomo con todo el peso del alivio y digo en voz alta: «¡Gracias a Dios!» Entonces, al darme cuenta de lo que acabo de decir, me echo a reír con desesperación por mi propia incoherencia.

Los ruidos y el ritmo del tren me invitan a sumergirme despacio, con mi culpa, en una modorra intermitente. «Huir, huir, huir, huir...»



Llevaba huyendo desde que tenía seis o siete años, pero sólo dentro de los confines de la propia ribera del río Mersey. Esta vez, sin embargo, no tenía ninguna intención de volver. Otra vez me había permitido el lujo de que me recogiera la policía y, pese a negarme a darles mi nombre, siempre lo averiguaban por sus propios medios y me devolvían a casa. Entonces, durante unos pocos días, las palizas cesaban. Huir era la única forma que conocía de controlar la violencia de mi padre. Sabía exactamente qué era lo que estaba haciendo, pero ni un solo maldito adulto a mi alrededor era capaz de verlo a través del ojo cerrado de su mente. Nunca traté de ayudarles, pues era cosa suya el darse cuenta, pero nadie se tomó nunca la molestia de averiguarlo.

Cuando tenía nueve años me escapé a Southport, una zona turística a treinta kilómetros escasos al norte de Liverpool. Me fui directamente a la feria: algodones de azúcar, tiovivos, autos de choque, el tren de la bruja, las salas de los espejos, las casetas de tiro, los cocos y los donuts, el arca de Noé, la Osa Mayor y la gitana que dice la buenaventura... Todos se balancean con la palabra «Southport» estampada por todas partes, perritos calientes con cebolla y «Aquí se sirve té caliente». Ruido de amarillos, rojos, verdes, naranjas y parejas de adolescentes. Olor a felicidad, bromas y «sólo son seis peniques y lo pasarán en grande».

Aquí estoy a salvo, pero me duelen los pies un montón. La suela de los zapatos me la noto en la planta de los pies por los agujeros de los calcetines y los pantalones que mamá me ha hecho con el traje viejo de papá se me meten en la entrepierna. Ah, pero ya sé, si me meto las manos en los bolsillos puedo tirar de los pantalones para que no me rocen los cataplines. A ver... ¡Ya está! ¡Qué bien! ¿Le harían daño a papá también? La casa de la risa está llena a reventar y el payaso que hay afuera siempre está contento. Ojalá tuviese un chelín. Toda esa gente ahí y yo estoy solo. Pero me alegro de que estén aquí. ¿Qué haré cuando se vayan? Siempre se van. Pero no voy a pensar en eso ahora. Todavía falta mucho para que cierren. Si me quedo ahí, junto a la puerta de ese tenderete, sentiré el aire caliente envolverse todo el cuerpo con el sabor de las cebollas y los donuts. Vaya, tengo la garganta seca. No puedo tragar. Me voy a sentar en uno de esos asientos, ¿no? Un gordo se acaba de ir y se ha dejado medio bocadillo. ¡Será tonto? Pasaré por allí, lo agarraré de un manotazo, me lo meteré en la camisa y me iré corriendo. ¡Ya lo tengo! Vaya, cuánta gente, no puedo echar a correr. El gordo me ha visto. Me largo volando. No puedo. «Bueno, ya te lo habías zampado casi todo de todas formas, gordo». ¡Qué aire más frío! Gracias a Dios. Mmm, está bueno. Pero ahora tengo hambre. Ojalá no tuviese que escaparme de casa. Mi mamá se preocupará y papá me pillarán de todas formas. El niño va a tener la cama para él solito esta noche. Ojalá me hubiese traído un abrigo. Yo no quería escaparme. Están apagando las luces. ¿Por qué me

miran todos de esa manera? Tengo nueve años y sé nadar, tengo un diploma de natación y todo. Hace frío y me duele la barriga. No sé en qué lado duerme el niño esta noche. Si duerme en mi lado, lo mataré. Ya es hora de dejar que me vea la policía. Ya ha pasado bastante rato. Ahora ya se le habrá pasado la borrachera. Ahora todo irá bien.

Huir, huir, huir, huir. Mi cuerpo durmiente percibe los cambios en el sonido y el ritmo del tren: *Detesto su aliento, chirriante por dentro, viejo harapiento; le gusta mi pelo, me importa un bledo, consigue el dinero; hoy no estoy de suerte, prefiero la muerte, ¡pero puedo comerte! ¡Frenos sibilante., errores fatales, estamos en paz!* Me despierto de golpe cuando el tren se detiene en la estación de Crewe. ¿Por qué tengo tanto miedo y tanta hambre?

El mundo entero parece haberse dado cita en la estación de Crewe. Cientos de soldados, marineros y aviadores se mueven de aquí para allá sin parar, cantando y gritando. Las voces con acentos nada familiares se cruzan de un lado al otro del andén interminable. Algunos hombres con uniforme de ferroviario empujan gigantescas sacas de correo hacia el tren. Unas mujeres vestidas con monos de trabajo recorren el andén con los carritos vendiendo té y bocadillos. Las puertas de los vagones se abren y se cierran mientras son más los pasajeros que suben que los que bajan del tren. Todo aquel ajeteo me entusiasma y me olvido por un momento de mi miedo y mi hambre. Me fijo en una familia. Una madre y un padre, una niña de unos diez años y un chico muy guapo que debe de tener un año menos que yo. Viste un traje, lleva una bufanda y el abrigo le cuelga del hombro al estilo de la moda francesa. Sus padres están bregando con el equipaje mientras él está apoyando el peso de su cuerpo en una pierna con aire despreocupado, con la mano sobre la cadera. Su mirada se pasea por imágenes familiares; es un viajero experimentado y sin duda huele a jabón de tocador. Sus ojos se detienen en los míos y se quedan allí un rato, cuando me sorprenden mirándolo. El tiempo se congela. El muchacho se ruboriza y yo también. Esbozo una tímida sonrisa pero su atención se halla ahora con su madre, quien le entrega una pieza del lujoso equipaje, una bolsa de mano, al tiempo que señala los compartimentos de primera clase. El chico mira en mi dirección antes de dirigirse con su familia hacia esa zona del tren adonde también yo quiero ir, sonriendo. Me estremezco, pero consigo lanzarle una sonrisa yo también.

- ¿Té? ¿Café? ¿Bocadillos?

La mujer del carrito, ahíta de música, está ante mí en la ventanilla abierta, ansiosa por obtener una respuesta y así vender el máximo posible antes de que el tren arranque otra vez.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

